

LA INVESTIGACION ECONOMICA DEBE SER CREADORA *

Fernando CARMONA

Los compañeros que me antecedieron, Torres Rivas, Benítez Zenteno y el propio Vasconi, quien se apoyó en lo expresado por los dos primeros, ya han dicho cosas —muy bien dichas por cierto— y han presentado ordenadamente algunas de las más importantes cuestiones que deben considerarse para nuestro tema, en su caso especialmente desde el ángulo de su experiencia en la Sociología y la Demografía; los principales trancos en su devenir en cuanto ciencias que forman parte del proceso histórico; sus limitaciones y su papel en la sociedad subdesarrollada; su ubicación en la Universidad Latinoamericana, y la necesidad de abreviar en los clásicos, los universales y los nuestros, y en las fuentes originales mismas, y de aplicar sus enseñanzas con honradez académica, capacidad técnica, espíritu creador y decisión para comprometerse con sus hallazgos.

Se han referido asimismo mis antecesores en este foro a las condiciones sociales que imprimen sus caracteres a la enseñanza de nuestras disciplinas e imponen las orientaciones de su ejercicio profesional. Y han aludido a una de las deformaciones más frecuentes, a la que Torres Rivas llamaba la «cuantofrenia», que según mi experiencia de economista es aún más grave y frecuente en la Economía que en otras ciencias sociales.

* Versión revisada y abreviada de la intervención en el *Panel* sobre "Problemas de Formación de Investigadores en Ciencias Sociales" efectuado el 27 de marzo de 1974 en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela, con la participación de Raúl Benítez Zenteno, Pablo González Casanova, Edelberto Torres Rivas, Tomás A. Vasconi y F. Carmona.

— I —

En la práctica de la investigación en el campo de la Economía, en México pueden distinguirse con claridad dos niveles. Esto es así casi seguramente en todos nuestros países. En el primero, miles de especialistas en Economía (en México posiblemente unos 5 mil), organizados en oficinas gubernamentales y privadas, en organismos internacionales y bufetes particulares realizan sus tareas con una finalidad utilitaria directa, por lo demás muchos de ellos empeñados en tareas rutinarias, cansinas, sin relieve intelectual ni una preocupación científica o siquiera académica. La investigación que se practica en tales centros burocráticos y menos burocráticos es de un corte digamos técnico-pragmático. La técnica es la base, a menudo exclusiva o fundamentalmente cuantitativista, y sus objetivos y formas de realización casi siempre pragmáticos, como parte del diseño y, con frecuencia, de la justificación de la política económica puesta en vigor por el gobierno en turno, o bien, a veces sin una frontera precisa con otras formas de actividad, como un instrumento de la política de maximización de utilidades de las grandes empresas monopolistas privadas, nacionales y extranjeras, a las que de un modo u otro sirven (en ocasiones, sobre todo por lo que concierne a los economistas que laboran en el sector público, inconcientemente e incluso contra su voluntad). Pero no faltan los estudios que tratan de probar lo que ocurriría si en vez de dos, cada humano tuviera cien pies, o lo que no es sino una variante de lo anterior: que demuestran que «si mi tía tuviera ruedas sería bicicleta».

No obstante sus propósitos pragmáticos e incluso ciertos refinamientos técnicos, como los que acompañan al «modelismo» en boga (más bien podríamos llamarlo, por lo antes dicho, «aeromodelismo» y aun «cosmomodelismo»), los que pudieran considerarse los mejores ejemplos de la investigación que se realiza desde tales vertientes, exhiben inevitablemente su desnudez científica, su penuria por cuanto a una verdadera preocupación por ofrecer una explicación congruente a los complejos procesos socioeconómicos, procesos que son siempre contradictorios, dinámicos, cambiantes, y están insertos en un proceso histórico en el cual el estudio de las partes reclama una comprensión clara sobre el todo social.

Ese modelismo, que es una suerte de *sumum supremo* de la investigación justificadora del *statu quo* económico, político y social, suele ser profundamente irreal. Está preñado de mecanicismo. Y su dinámica no es a menudo otra cosa, en el mejor de los casos, que una estática comparada; sus proyecciones, el traslado a un momento o momentos futuros, de una fotografía incompleta y distorsionada del momento presente de la que se han despojado o acaso convertido en variables «exógenas» o «estocásticas», las fuerzas históricas más

relevantes por su calidad de fuerzas sociales estratégicas. Puede tratarse de una investigación técnica de carácter econométrico e incluso aportar elementos de interés científico, sí, en la medida en que se efectúan mediciones objetivas con los instrumentos de esa índole, casi siempre penosamente y con un grande esfuerzo en el que muchos realizan un duro y tedioso trabajo auxiliar; pero no es una investigación científica pues carece de una verdadera base histórica y en ella desaparecen las realidades de la sociedad de clases. Está claro que si no obstante su elevado costo y su insuficiencia teórica, el estado capitalista y las empresas privadas sostienen estas formas dominantes de investigación económica es porque les reporta dividendos económicos, políticos e ideológicos en el corto plazo; y porque les permite advertir algunos puntos que el régimen requiere reforzar a mediano y largo plazo.

La teoría de la investigación técnico-pragmática es propiamente la de la *Economics* o *Económica*, es decir, es una teoría ahistórica e incluso antihistórica, lejos y cada vez más lejos de la Economía como ciencia social, esto es, como ciencia histórica: como Economía Política. Puede decirse, en general, que se trata del más extendido tipo de investigación en Latinoamérica, el cual se asienta en el keynesismo y el nekeynesismo, o en correspondencia al «retorno de los brujos» que en su decadencia y su degeneración acompaña al capitalismo contemporáneo y fluye desde las metrópolis, en las teorías del «equilibrio» y el «desarrollo equilibrado» de los economistas neoclásicos y aun —como insiste Alonso Aguilar— de los «neo-neoclásicos» de que habla la profesora inglesa Joan Robinson. Si es lamentable que un gran número de los economistas latinoamericanos aprendieron esas teorías, acriticamente, en las metrópolis mismas, más lamentable todavía resulta que muchos más la recojan mal digerida en nuestras propias escuelas; y como si fuera poco, a través de «tratadistas» vulgarizadores de la economía vulgar, así sean de esos que en nuestros tiempos, como el señor Kissinger o el señor Solzenitzin por sus relevantes méritos de «pacifistas» y «literatos» («¡cosas veredes Sancho!»), reciben premios Nobel... de *Economics*.

— II —

Pero en la realidad contemporánea de la América Latina, de la América nuestra (y digo *nuestra* en el sentido de Martí) hay un hecho muy significativo relacionado con la investigación económica. Puede afirmarse que desde hace más de una década la más importante teoría del subdesarrollo y el desarrollo que se produce quizá en el planeta entero, incluyendo tanto a los países del primero y del segundo como a los del tercer «Mundos», es la que va surgiendo

como fruto del esfuerzo de decenas y centenares de economistas latinoamericanos, entre ellos no pocos nacidos en este otro girón de la gran patria latinoamericana con la que soñaran Bolívar y otros de nuestros próceres, que es Venezuela. Pienso en la obra de Salvador de la Plaza, Domingo Maza Zavala, Héctor Malavé Mata, Armando Córdova, Héctor Silva Michelena, Francisco Mieres y otros que van multiplicando discípulos y cuyos trabajos espero que sean leídos y estudiados por ustedes con avidez, «de pasta a pasta» y no en simples fragmentos o resúmenes como decía Vasconi, porque constituyen una guía segura y de primera importancia para su formación de economistas con una preocupación científica.

No es casual que los economistas que menciono, como sus colegas de México, Chile, Argentina o Colombia hayan construido sus principales aportaciones vinculados a universidades públicas como profesores e investigadores. La exhortación de Vasconi hacía momentos antes responde, ella misma, a su prolongada e intensa experiencia de profesor e investigador en varios países latinoamericanos. Se refería a la necesidad de leer a nuestros clásicos.

La Universidad, al amparo de su autonomía y en tanto por lo menos no tropiece con algún Pinochet —y todos esos séquito vesánicos del pasado que en su irracionalidad tratan y a veces logran frenar el avance de los pueblos— de un tiempo a esta parte en algunos de nuestros países, casi siempre como fruto de duras luchas y sacrificios, permite condiciones para una investigación de la realidad social desde posiciones independientes y críticas. Sin embargo, sólo los intelectuales más probos, laboriosos, comprometidos con su pueblo y con su época y al mismo tiempo con madurez académica y experiencia profesional suficientes, convierten su labor académica en un verdadero trabajo científico que exige tenacidad, paciencia, entusiasmo, pasión y un «hondo interés desinteresado» por el estudio de los grandes problemas nacionales, como ha escrito el viejo maestro mexicano Jesús Silva Herzog, para hacer frente a la precariedad de los medios a su disposición. Por supuesto no todos los investigadores universitarios, por capaces que sean, llegarán a ser nuevos clásicos; pero no es necesario esperar a que mueran para beneficiarse de las obras creadoras, inspiradas en la convicción de que debe conocerse e interpretarse con probidad y objetividad una realidad social injusta cuya transformación es impostergable.

Al presentarme ante ustedes, el decano de esta Facultad, Gastón Parra, mencionó que hasta hace unos días fui director de un centro académico mexicano, el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. En los años que duró ese cargo investigué realmente poco en lo personal. Si acaso traté de investigar y desentrañar los vericuetos de la burocracia universitaria y los factores que complotan

contra la actividad científica en el campo social, datos cuya presencia son otros tantos caracteres del atraso que urge vencer y que es de dudarse que en México existan sólo como una desafortunada excepción en el marco de las universidades latinoamericanas, si bien no es éste el problema más grave a enfrentar puesto que los aspectos de organización se dan en un contexto más amplio, económico y político, del cual forman parte.

Pero pude aprender que mientras la investigación que he llamado técnico-pragmática organizada en centro burocráticos y menos burocráticos, públicos y privados, cuenta, relativamente, con recursos amplios y sobre todo con un número mucho mayor de especialistas y ayudantes bien pagados, la investigación académico-científica que puede realizarse en algunas de nuestras universidades tiene que afrontar serios problemas por la gran penuria de recursos financieros y humanos para bibliotecas y hemerotecas, elaboración, recabación y procesamiento de informaciones estadísticas, creación y operación de centros de documentación modernos, realización de encuestas y estudios de campo.

A menudo este tipo de investigación tiene vedado el acceso oportuno a fuentes de información «confidenciales» que en cambio siempre se abren, de par en par, no sólo a los investigadores nacionales del *establishment* sino también a los extranjeros con credencial de «asistencia técnica y financiera» y que «hablan el inglés»; y casi siempre debe sufrir la cotidiana y abierta o encubierta hostilidad de quienes defienden el *statu quo* desde los sectores público y privado, e incluso en el seno de las propias universidades. Además, paga el precio de la falta de una verdadera tradición científica que se manifiesta en una inadecuada disciplina de trabajo, desperdicio de energías en tareas inconducentes, interrupciones constantes por causas circunstanciales con frecuencia de escasa monta, incompreensión sobre el papel del científico social y ausencia de un ambiente general propicio a estas tareas.

¿Cómo entonces, si en el conjunto de nuestra América a lo más hay unos cuantos cientos de investigadores que trabajan en estas vertientes académico-científicas, han podido producir una obra trascendente? Aludí ya a las condiciones que en algunas universidades de México, Venezuela, Chile hasta el 11 de septiembre de 1973, Uruguay, con crecientes dificultades, hasta el 27 de junio de 1973, y de otros países, permiten o han permitido durante un periodo relativamente largo una investigación objetiva, crítica. También dejé implícito al aludir a las aportaciones de los economistas venezolanos dos cosas: de un lado, que han centrado su esfuerzo en la explicación en planos teóricos globales o sectoriales de los problemas del crecimiento y el cambio estructural desde una perspectiva histórica, esto

es, de los problemas del desarrollo socioeconómico. De otro lado, que se trata de profesores e investigadores con suficiente experiencia (dicho a la mexicana: que por desgracia «no se cuecen al primer hervor»).

En resumen: son principalmente intelectuales que investigan en centros universitarios desde posiciones críticas y con independencia de criterio, apoyados en una amplia práctica docente y en su madurez profesional, en su mayoría alcanzada al trabajar en instituciones gubernamentales, organismos internacionales o incluso en empresas privadas durante largos años previos en que todos los que están en este caso tuvieron un variado contacto con la realidad nacional e internacional, y algunos tuvieron la oportunidad de hacer estudios en el extranjero. En México y otros países pueden observarse características semejantes en los investigadores más maduros.

— III —

Debemos tener claro que algunos economistas que trabajan en lo que he llamado el nivel técnico-pragmático suelen publicar libros, y sobre todo artículos técnicos o de teorización con un valor informativo o incluso analítico, que en el caso de ciertos de estos investigadores se desprenden de su conexión con centros académicos de diverso carácter, o bien, quizá con frecuencia mayor, como expresión de una directa motivación profesional o política —o politiquera— personal (la de «hacerse presentes»), sin que en esta variante falte el género testimonial en los casos de obras escritas una vez que sus autores han dejado de ocupar determinados cargos oficiales, generalmente dedicadas a los aspectos de la política económica con la cual estuvieron más vinculados. Por lo demás, ha quedado implícito que un corto número de estos investigadores llegan a incorporarse de lleno a la vida académica y científica.

Inversamente, también es cierto que una buena porción de los trabajos escritos como parte del bregar académico de quienes se dedican a la investigación universitaria latinoamericana no llega a significar una verdadera aportación científica, bien porque se apoyan en las mismas concepciones teóricas superficiales de la *Economics*, bien porque aun apoyados en otras concepciones son harto generales y esquemáticas, o bien porque se trata de estudios cuyos propósitos políticos reformistas llevan a deformar el análisis, a soslayar hechos esenciales y a no profundizar en la dinámica del proceso económico. Debemos recordar, además, que abundan las simples monografías descriptivas, los estudios micro o macroeconómicos estáticos o de un alcance limitado y un valor preponderantemente informativo, y los

trabajos auxiliares de la docencia o de divulgación de distinta calidad y grado de elaboración. También debemos recordar que algunos de tales investigadores, sobre todo de los más jóvenes, suelen abandonar la Universidad para dedicarse a la mejor cotizada investigación pragmática en instituciones estatales y privadas.

Los hechos anteriores permiten afirmar que los mejores trabajos publicados (que como dijimos son fruto principalmente de la investigación académico-científica que se practica en algunas universidades públicas) son los estudios realizados con los enfoques metodológicos y las categorías científicas de la Economía Política. Con independencia de que, como también quedó implícito, no basta adoptar tales enfoques y categorías para lograr, como por arte de magia, verdaderos aportes científicos, hay un hecho que distingue a los principales trabajos apoyados en la Economía Política: estudian la sociedad en su conjunto y más específicamente los fenómenos económicos globales y sectoriales, a partir del conocimiento de que las leyes económicas son más importantes y variadas que las leyes más simples que habitualmente conforman la investigación técnico-pragmática (estas últimas del corte de la oferta y la demanda, los rendimientos no proporcionales, las que se hacen derivar lógicamente de los esquemas de un pretendido equilibrio o las que corresponden a circunstancias sumamente ceñidas del proceso de producción, pero irreales en el contexto dinámico del todo social). Y los investigadores que intentan hacer ciencia saben, por supuesto, que las leyes económicas tienen un carácter histórico y que en consecuencia deben estudiarse en contextos concretamente ubicados en el tiempo y el espacio.

Cuando además investigan en el campo de la Economía Política pertrechados con el método creado por Marx y Engels saben que, cualquiera que sea el alcance de su indagación específica, no pueden perder de vista la interrelación dialéctica de la estructura y la superestructura sociales —de las relaciones sociales de producción dentro de modos de producción determinados y el correspondiente andamiaje institucional, político e ideológico—, lo mismo que la interrelación de las partes y el todo que es la sociedad; de lo nacional y lo internacional; de lo pasado, lo presente y lo futuro, etcétera. En la investigación científica es indispensable, en consecuencia, un enfoque totalizador y dinámico en el cual tengan cabida tales interrelaciones, y por ello en este nivel no se consideran ni pueden considerarse como meros datos «extraeconómicos» las fuerzas sociales que son determinantes o condicionantes principales del proceso económico en su conjunto.

Sin desdeñar las categorías más simples relacionadas con los costos, precios, ingresos y demás, los economistas que en nuestra América han logrado hacer verdaderas contribuciones científicas, ponen

en el centro de su análisis las categorías que mejor permiten entender la compleja realidad de nuestras sociedades subdesarrolladas: las formaciones sociales y en particular el capitalismo, el imperialismo y el capitalismo del subdesarrollo mismo; la organización social de la propiedad y la estructura de clases; la explotación del trabajo asalariado y las luchas de clases; la población, el empleo, el desempleo y el subempleo; el excedente económico y la plusvalía; el proceso de acumulación, concentración y centralización del capital; el monopolio nacional y transnacional; el mercado interno y su creciente internacionalización; la composición y distribución de la riqueza, el capital y el ingreso nacionales; el crecimiento desigual y los desequilibrios regionales, sectoriales y sociales; el estado, el capitalismo de estado y el capitalismo monopolista de estado; el proceso de corporativización y fascistización de la economía y la sociedad capitalistas, etcétera.

Los investigadores latinoamericanos que cultivan la Economía Política deben asimismo considerar, enfrentarse y desentrañar, teórica y empíricamente, los vericuetos de la dependencia estructural del exterior en sus imbricaciones indisolubles con la estructura nacional de clases y de poder político; con el proceso de monopolización de las economías y los problemas de la selección e incorporación de técnicas de producción; con los movimientos nacionales e internacionales de capitales, mercancías, servicios y hombres; con el sistema nacional de producción, distribución, circulación, consumo y ocupación; con el mercado interno y externo; con el sistema de educación y los patrones culturales, etcétera. Y tienen que afanarse por aprehender y desnudar las contradicciones principales y secundarias que emanan del proceso socioeconómico todo, en sus expresiones nacionales e internacionales.

— IV —

Sin duda, quienes en las universidades (y con mayor razón fuera de ellas) utilizan categorías de la Economía Política como las antes mencionadas, deben realizar un trabajo mucho más difícil que los investigadores técnico-pragmáticos. Además de la necesidad de superar las limitaciones existentes en la práctica de la investigación universitaria latinoamericana por la falta de recursos, las deficiencias organizativas, la frecuente sobrecarga docente y los factores de la constante dispersión de su esfuerzo, se enfrentan a una tarea compleja que exige de ellos una sólida base teórica, una comprensión coherente del proceso histórico concreto, una suficiente familiaridad con algunas disciplinas sociales conexas, un manejo eficaz de la infor-

mación cuantitativa y documental disponible, capacidad de abstracción, análisis y síntesis, e incluso una dosis no pequeña de lo que comúnmente se entiende por cultura general. Es obvio que tienen que estar siempre abiertos a la colaboración interdisciplinaria y tener condiciones para comunicarse con sus interlocutores de otras especialidades.

De otra parte, en una medida mayor que otros científicos, el investigador de la ciencia económica y las demás ciencias sociales está directa e inescapablemente inmerso en las procelosas aguas del conflicto social, el choque de intereses antagónicos, las luchas de clases y la influencia de las ideologías dominantes (incluso, por supuesto, las que expresan colonialismo intelectual), impuestas por una burguesía hegemónica que en nuestros países es al mismo tiempo —lo sabemos demasiado bien— una clase dominada, sí, pero con poder para emplear y despedir, cooptar y proscribir, controlar y reprimir, corromper y destruir, de lo cual dan fe la historia política toda y la realidad contemporánea de nuestra América. En consecuencia, debe estar dispuesto a enfrentar estos embates y aun a sufrir persecuciones por ejercer su razón crítica y, a pesar de todo, descubrir y denunciar la verdad, verdad que en las ciencias sociales está preñada de contenidos de clase y es, como decía Lenin, revolucionaria.

Como en todas las ciencias, en la Economía Política no es posible avanzar sin una permanente actitud crítica, de cuestionamiento incesante de la «verdad establecida» apoyado en el conocimiento *cabal* de la teoría y de los hechos que se estudian, los cuales en el caso de las ciencias en que la sociedad —el hombre organizado socialmente— es el objeto de estudio, como decíamos la teoría no es ni puede ser única y responde a los intereses de la clase dominante o de sus antagonistas (aunque con matices diversos), y los hechos son especialmente complejos, contradictorios y cambiantes dado su carácter de hechos históricos y, por lo tanto, de hechos irrepetibles y no sujetos a la experimentación de laboratorio o de campo como en otras disciplinas científicas.

Por ello y porque aún más que en otras ciencias, hay un ancho margen para acudir a enfoques parciales, caprichosos o sofisticados —matemáticos o no— a veces sugestivos pero siempre engañosos, debemos subrayar que realmente no es posible avanzar si el investigador no hace el más serio esfuerzo por encuadrar su análisis a partir de las determinantes de la dinámica histórica real y depurar el uso de categorías, hipótesis y tesis —sin caer en el diletantismo—; y si en él no hay una congruente actitud de *radicalismo científico* —digamos teleológica—, por cuanto a su decisión de conocer las causas y las consecuencias últimas de los fenómenos económicos per-

trechado con una teoría capaz de penetrar en esa realidad compleja; causas y consecuencias que en los procesos de la economía y la sociedad siempre están teñidas, en un grado mayor o menor, de implicaciones políticas comprometedoras, según el tema de estudio que se trate y la congruencia ciudadana del investigador.

En otras palabras, la Economía Política y las demás ciencias sociales no sólo reclaman las mismas exigencias científicas elementales de otras disciplinas. Con mayor razón que en las ciencias que estudian la naturaleza o el hombre biológico, las cuales, como se sabe, de ningún modo escapan a las implicaciones múltiples de la sociedad de clases en su devenir histórico —ni en sus concepciones teóricas ni, menos aún, en sus aplicaciones prácticas—, inevitablemente también reclaman de quien busca la verdad desde planos científicos una posición política consecuente.

Lo anterior es necesariamente así porque la teoría económica burguesa, es decir, la teoría de la clase dominante, preocupada y ocupada fundamentalmente de apuntalar el sistema de explotación capitalista, hace mucho que abandonó sus propios cauces clásicos y algunas de las principales categorías de su nacimiento como ciencia, para sustituirlos por la apologética del orden social de la burguesía, el psicologismo y el subjetivismo, las irrealidades funcionalistas del equilibrio estático o dinámico y los principios de una pretendida validez universal y eterna que la han desposeído de su carácter científico original, si bien todavía puede aportar y aporta explicaciones parcializadas de hechos parciales, y técnicas diversas de maximización, optimización y control económicos en favor del capital monopolista de nuestros días. Y adoptar estas concepciones no sólo entraña una posición intelectual sino también una posición política, por más que casi siempre se disfraza de «apoliticismo» y «neutralidad científica» (o «técnica»).

El radicalismo científico indispensable para explicar los desequilibrios, aberraciones aparentes y desigualdades estructurales económicas y sociales —al nivel internacional y nacional— del capitalismo concreto, por necesidad choca con la teoría burguesa y con los capitalistas. Y por esto, la posición política consecuente con la científica verdadera tiene que ser, necesariamente, también una postura de impugnación a fondo del sistema y de lucha por erradicar las causas esenciales de la dependencia, el atraso y la miseria que en nuestra América son los resultados tangibles del capitalismo del subdesarrollo; es decir, sólo puede ser una posición política radical.

Pero no es posible ser un radical científico y llegar —diría Pero Grullo— a la raíz a los hechos socioeconómicos de la realidad propia, armado sólo y pobremente de esquemas historicistas, y menos aún si por añadidura son esquemas correspondientes a otras realidades his-

tóricas; superar el dogmatismo de la *Economics* (e incluso de la Economía Política burguesa, que también tiene sus exponentes) con otros dogmatismos; explicar la realidad económica y social en su concreción y especificidad históricas, quedándose en el mundo de la abstracción y la generalidad anti o ahistóricas; abstraer el todo económico y social con validez científica, esto es, con una adecuada correspondencia a la realidad histórica compleja y dinámica, sin conocer suficiente y concretamente las partes; aislar a éstas de aquél de un modo caprichoso o vago; aplicar con certeza una teoría, incluso la más justa, sin una genuina verificación de la misma en y por la práctica concreta, etcétera.

Por lo demás, también en la acción política una teoría inadecuada por su esquematismo, generalidad, dogmatismo o vaguedad conduce a una práctica errónea, aberrante, viciosa, que no permitirá mejorar la teoría y, lo que es más grave, no permitirá avanzar en la lucha por transformar la realidad injusta e irracional de la América Latina. Por ello podríamos recordar ahora la advertencia del indio mexicano: «no puedes andas y quieres correr»: es necesario primero aprender a caminar con seguridad para poder después correr.

— V —

Puede entenderse sin dificultad, entonces, que la maduración del investigador exige más tiempo en las ciencias sociales que en las ciencias de otra índole. De ahí que las más importantes investigaciones de Economía Política por cuanto a su seriedad, congruencia lógica y aportaciones científicas sean realizadas por investigadores, como ya lo señalé, que «no se cuecen al primer hervor». Éstos tienen una obligación ineludible: allanar el camino de los más jóvenes, facilitar su formación sobre bases teóricas, académicas y metodológicamente mejores, más rigurosas, tanto indirectamente con sus libros y ensayos, como directamente en el aula y sobre todo en la práctica misma de la indagación científica, con formas de participación concretas, viables, y formas organizativas adecuadas que permitan el ascenso seguro por la empinada cuesta de la investigación económica a partir de los primeros peldaños, siempre de abajo hacia arriba y de menos a más, con simpatía y comprensión pero sin complacencias ni simulaciones inadmisibles. Esta es una tarea de enorme trascendencia para los planteles docentes y los centros universitarios dedicados a la investigación económica en nuestra América.

Por su parte, los jóvenes que de acuerdo con los valores que inculca la sociedad clasista competitiva, en las aulas o incluso en

los centros académicos de investigación andan en pos del éxito fácil o de su seguridad personal, deben saber que, no importa cuán brillantes puedan ser, no encontrarán su sitio en la investigación científica en el campo de la Economía Política sino acaso en la técnica o simplemente pragmática (si es que no directamente fuera de la investigación: en los negocios, la politiquería, la especulación, el peculado).

Los jóvenes con honradez, pasión social y aptitud científica, y dispuestos a andar el fascinante camino del encuentro con la verdad social, a ser consecuentes con sus hallazgos, a comprometerse con los explotados y no con los explotadores —y a correr los riesgos que indudablemente hay en este camino—, no deben desesperarse por las dificultades de la empresa sino prepararse a fondo: estudiar intensa y sistemáticamente y aprender de quienes tienen una mayor experiencia; incorporarse a la realidad viva; ejercer la crítica y sobre todo la autocritica (en un marco de pobre tradición científica y atraso político como el de México y otros países, la capacidad autocritica es aún más importante); adquirir mediante la práctica un dominio creciente en el manejo de los instrumentos auxiliares, la información empírica y la aplicación de las categorías científicas de la Economía Política; trabajar con seriedad y verdadera disciplina, individualmente y en equipo. Y escribir y escribir: tomar notas y apuntes; redactar comentarios y artículos; preparar monografías, ensayos y folletos; elaborar libros (el proceso de escribir, decía Baran, es un proceso de aprendizaje), sabiendo que publicar sus trabajos entraña una seria responsabilidad.

Unos y otros, los investigadores más maduros y los más jóvenes, con verdadera visión autocritica tienen que ser conscientes de las limitaciones de su trabajo para poder superarlas. Según la experiencia de México y otros países, en algunas de las obras que surgen del esfuerzo científico en Economía Política y otras ciencias sociales, aun de aquéllas que ejemplifican la llamada *ciencia nueva*, puede apreciarse un insuficiente tratamiento de la realidad nacional, quizá sobre todo de la historia, mecanismos e instituciones del proceso económico; y en otras, como una expresión extrema de esta misma falla, incluso un examen demasiado libresco o dosis excesivas de esquematismo, generalización y lucubración de gabinete. En muchas hay incomprensión de los cambios operados en el funcionamiento del imperialismo contemporáneo y en las relaciones de producción internas, la estructura y las luchas de clases, y las bases económicas y políticas en que reposa la acción del estado burgués. Y por desgracia no faltan ejemplos de intelectualismo y pedantería; si a menudo puede tratarse de expresiones reversibles de inmadurez y de taras pequeñoburguesas —o aun de ardor juvenil—, siempre exhiben aislamiento, ignorancia o desdén por las luchas del pueblo.

Lo anterior no significa que no haya importantes y alentadores avances en la investigación latinoamericana, como ya dijimos, particularmente en relación con la teoría del subdesarrollo y el desarrollo. Pero cuando se tienen presentes las limitaciones de nuestro trabajo es más fácil advertir la modestia de lo logrado hasta hoy en la investigación económica científica de Latinoamérica. Modestia por cuanto a los numerosos e importantes hechos de la realidad histórica de nuestros países que todavía esperan una explicación científica. Modestia, sobre todo, por cuanto a la inmensidad de la tarea pendiente para contribuir como científicos y participar como ciudadanos, con verdadera entrega, al gigantesco esfuerzo necesario para la definitiva superación del subdesarrollo.

El ímpetu que deberá cobrar esa lucha es tanto mayor que su objetivo final no puede ser otro sino el de la instauración del socialismo, el derrocamiento, de una vez y para siempre, de las poderosas burguesías nacionales dominadas y las imperialistas dominantes que impiden la emancipación definitiva y liberar las fuerzas creadoras de los pueblos y naciones de nuestra América. Esta es una tarea en la cual quienes investigan el proceso socioeconómico desde planos verdaderamente científicos podrán hacer un valioso aporte, si a partir de los progresos alcanzados profundizan en el estudio de la realidad propia con auténtico espíritu creador y voluntad de superar sus limitaciones. No cabe duda de que hay un sitio en este empeño para centenares de jóvenes economistas.

— VI —

La investigación científica en Economía y otras ciencias sociales no es ni puede ser una simple tarea de gabinete y menos aún de torres de marfil. No basta comprender que la teoría necesita de la práctica para germinar, y que desde luego reclama la práctica de la investigación misma. Por lo que se refiere a ésta, en las escuelas y centros de investigación universitarios es preciso encontrar formas más adecuadas de organización, entre otras cosas, echando mano a los instrumentos del siglo xx, así sea en el último cuarto de esta centuria revolucionaria, para trascender no tanto al trabajo individual que siempre será imprescindible, cuanto los métodos más individualistas y artesanales (sin olvidar que en la labor de investigación en las ciencias sociales, de todos modos es inevitable una dosis de artesanía) y lograr mejores resultados conforme al principio económico más elemental, esto es, con un menor esfuerzo; para facilitar la más eficiente formación de nuevos investigadores científicos mediante una mejor división de responsabilidades individuales y una mayor disci-

plina en el trabajo en equipo, la discusión colegiada, la indagación sistemática en seminarios; para acercar el quehacer científico a la realidad concreta por múltiples vías y en contacto vivo con el pueblo trabajador.

La teoría social también requiere la práctica social, ciudadana y política, sin la cual el esfuerzo de investigación científica no llega a trascender los estrechos círculos de la academia, la oficina burocrática o el gabinete individual, ni a levantar sus miras. Pero lo diré abruptamente, al estilo de los rancheros norteros de México: «Pa' qué tantos brincos si el suelo está tan parejo»: en última instancia —o en primera, segunda o n^o instancia— si por acción o por omisión la práctica política del investigador sirve objetivamente a la burguesía, con independencia de que aporte o no elementos útiles para la comprensión científica del proceso económico e incluso para la lucha revolucionaria, realmente la teoría también será, o tenderá a ser, total o parcialmente, burguesa; no sólo la investigación que se lleva al cabo bajo el palio de la *Economics* o de la Economía Política burguesa —tipo Galbraith, Myrdal o Prebisch—, sino incluso la envuelta en ropajes «progresistas», «socialistas» y aun «marxistas», sin que desde este ángulo importe tanto que dicho esfuerzo sea del tipo «académico-científico» (aunque, por supuesto, entre los investigadores quepa distinguir una extensa gama de motivaciones, madurez y capacidades técnicas, así como matices políticos que no es posible ignorar por cuanto a su posición frente al imperialismo y los más importantes problemas nacionales).

Frente a las variantes clásicas, neoclásicas, keynesianas, o de «Economía Política» de la teoría burguesa, de hecho sólo hay una alternativa: la Economía Política marxista-leninista que postula y exige del investigador la fusión de la teoría y la práctica, y que por lo tanto sólo puede asumirse congruentemente cuando ésta —que sustenta y permite verificar a aquélla—, tanto en la brega científica como en la política es consecuentemente antiburguesa, proletaria, socialista.

Por supuesto, la práctica individual puede adquirir múltiples formas y niveles, bien en la investigación, bien en la lucha social, en un proceso que sólo se agota con la vida, como parte infinitesimal que es del proceso histórico. La praxis de la investigación puede ser la más modesta o la más trascendente, pero lo que le conferirá congruencia teórica será la precisión y creatividad en el manejo de las categorías correspondientes; la seriedad y el rigor del análisis dialéctico; la actitud científica radical, teleológica, que ya mencioné; la decisión personal para no vacilar y no detenerse en la consideración objetiva de los hechos más comprometedores por sus implicaciones políticas. Y también su pertinencia para fortalecer la conciencia socialista de los trabajadores, así como su vinculación con las

luchas de los obreros y los proletarios subempleados y desocupados de la ciudad y del campo que sufren las peores consecuencias de la explotación capitalista, cuya relación a su vez permitirá ajustar las lentes de la investigación teórica.

La disyuntiva es inescapable para todo investigador latinoamericano en Economía y otras ciencias sociales: una teoría burguesa y una práctica en favor del capitalismo del subdesarrollo, o la teoría y la práctica antagónica. El eclecticismo y las «terceras vías» son tan ilusorios como la pretensión de hacer ciencia económica a partir de las teorías creadas por y para los explotadores, que ignoran, soslayan o niegan las realidades de la explotación, el crecimiento inexorablemente desigual y anárquico, y la irracionalidad toda de un régimen socioeconómico sujeto al imperio del capital, en el que, además, la explotación, la desigualdad, la anarquía y la irracionalidad se ven multiplicadas por la dominación exterior. La alternativa es independiente de las formas profesionales existentes para ganarse la vida. Lo que se modifica con éstas es la posibilidad de una mayor dedicación a la tarea propiamente científica, no las bases metodológicas esenciales de interpretación de la realidad, ni el propósito y el sentido de un esfuerzo personal que no tiene por qué circunscribirse sólo al simple —y estricto— cumplimiento de las cláusulas de un contrato de servicios profesionales dentro y fuera de las universidades, sin ninguna participación ciudadana.

No cabe duda: la Universidad, la actividad académica en México y otros países brinda todavía una posibilidad mayor para esa dedicación científica que la actividad meramente profesional, técnico-pragmática, por más que desde ésta —y más allá de la jornada normal de trabajo contratada, como parte de un esfuerzo adicional pleno de estimulantes compensaciones— pueden hacerse contribuciones valiosas al conocimiento de la realidad y a la lucha por su transformación radical. Con más razón, pues, que otros economistas, los investigadores universitarios tienen una mayor responsabilidad —la que les otorga su mejor oportunidad— de superar sus limitaciones y avanzar con firmeza y decisión en el estudio objetivo, tesonero, sistemático de la realidad propia, desde las perspectivas metodológicas y teóricas de la Economía científica, de la Economía Política, seguros de que si además son capaces de integrar en un solo y unívoco esfuerzo la teoría y la práctica científica y social, con genuina honradez, seriedad y entrega, podrán hacer aportes estimables a la lucha secular de nuestros pueblos por su libertad y disfrutar el privilegio de la creación intelectual.

En este empeño no hay fórmulas hechas. Los mejores investigadores latinoamericanos han desbrozado algunos caminos, pero muchos continúan inéditos y sólo podrán abrirse con nuevos e intensos

esfuerzos. La tarea no es de pocos ni puede llevarse a término sólo por inercia, aislados unos de otros, de un país al siguiente y con frecuencia de una especialidad a la próxima en cada nación e incluso en cada universidad. La tarea de explicar científicamente la compleja realidad latinoamericana tiene que ser interdisciplinaria. Por esto, la conclusión de esta noche no podría ser más sencilla: la investigación universitaria en Economía y ciencias sociales en nuestra América tiene que ser verdaderamente científica, si ha de estar a la altura de su compromiso en la presente coyuntura histórica.